



Esta antología se ha elaborado con el aporte de los integrantes del Foro de cuento infantil Seva: escritores conocidos, incipientes, narradores, han cedido a este increíble mundo virtual que es la web, cuentos y narraciones propias, editadas e inéditas.

Cuando propuse la idea de reunir escritos en un lugar común, me pareció una apuesta solidaria con quienes comparten este Foro y muchos habitantes silenciosos de Internet, que puedan asomarse. Logramos entre todos, poner a disposición de los lectores, producciones que dan cuenta del entusiasmo, el oficio y la pasión por la literatura y los niños /as. Una síntesis, a veces, difícil de lograr. Pero la palabra puede casi todo... en ese misterio que encierran los casi. Sí pudo lograr este trabajo en el que colaboré como una lectora crítica sin el objetivo de hacer un *editing formal*. Es una propuesta para mostrar escrituras diversas hacia una franja etaria amplia.

Los autores de Iberoamérica pertenecen a cuatro países: Argentina, España, Perú, Puerto Rico y Venezuela. Nos hubiera gustado muchísimo y me animo a ponerlo en plural, contar con el aporte de escritores de otros pueblos. Pero aquí estamos, para que nos dejen contar cuentos y los multipliquen por todos lados las/los cuentacuentos, los administradores de blogs, los talleres literarios, y *los mediadores*, en especial que son como los encantadores de serpientes, animan, hacen posible que nuestros chicos tomen la palabra.

Cada cuento lleva al pie, además del nombre del autor, su página

web y en todos los casos su correo electrónico para alentar el intercambio. Creo que es una manera de reconocer lecturas, propiciar más producciones, mejorar la escritura con la mirada del lector y *saber qué piensan los niños, ¿qué expectativa ambiciosa, no?*

Agradezco la confianza depositada en mí y el respeto, que es mutuo. Si como dice André Breton “las palabras hacen al amor”, lo originan, lo constituyen, tantas palabras unidas por el deseo de dar y recibir, seguramente movilizarán buenos encuentros en la literatura. Nuevos y buenos.

 Graciela Perriconi
Profesora, especialista de LIJ, editora
gracielaperriconi@gmail.com



Gotas con Memoria

*Lluvia, lluvia, arco iris, vienes y te vas mojando
mis cabellos.*

*Lluvia, lluvia, arco iris, vienes y te vas
dejando tu recuerdo.*

Lluvia, grupo Menudo 1980

Nubela nació una mañana tibia sobre una Isla del Caribe. Era una nube blanca y ondulante como el merengue. Se había formado poco a poco absorbiendo vapor de agua de lagos, ríos, quebradas y, sobre todo, del mar que rodeaba la Isla. Como era aún muy joven estaba en proceso de aprender.

Las nubes guardan partículas con memoria de otras nubes que se formaron antes, crecieron, engordaron, archivaron recuerdos como fichas de biblioteca y un día volvieron a regar la tierra. Por esta razón, a medida que Nubela crecía y viajaba por diferentes áreas sobre la isla reconocía los lugares que tenía en la memoria dormida.

A veces se detenía a jugar y a compartir con sus hermanas. En algunas ocasiones se entristecía al ver espacios que en otra época estaban poblados de árboles, completamente secos. Los habían sembrado con estructuras de cemento que al alterar el balance de la naturaleza, propiciaban que regiones enteras de la isla sufrieran de una terrible sequía. La pérdida de cosechas era notable. Al anochecer apenas se escuchaba la algarabía de los coquís. Solo se sentía el sonido intermitente de uno que otro coquí, coquí, lánguido y tenue de los minúsculos batracios.

Un día la nube se acercó a un lugar rodeado de montañas en el centro de la isla del cual no tenía memoria ya que era de reciente construcción. Habían edificado una casa orfanato en una granja donde criaban animales y cultivaban la tierra. Apenas tenían que ir al mercado ya que la granja les proveía los alimentos para subsistir. Con el sobrante preparaban postres y otras golosinas para vender en la ciudad.

Nubela era muy curiosa y al decidir bajar un poco para observar la finca estuvo a punto de tropezar con un cerro.

—Oh, perdón, ¿lo molesté? —preguntó.

—No, pero la próxima vez ten más cuidado —le contestó el cerro con voz gruñona.

Abochornada, se alejó de inmediato no sin antes ver una escena que la hizo acongojarse. Le dio mucha pena. Un grupo de niños junto a la directora del hospicio habían formado un círculo y todos con las manos unidas oraban clamando al cielo para que lloviera. El dinero escaseaba y el pago de la hipoteca, dinero que un banco les había prestado para construir el Hogar, estaba a punto de vencer. Si no llovía pronto tendrían que cerrarlo. Los niños no tenían otro lugar donde vivir.

Necesitaban agua para regar las calabazas con las que horneaban los postres que tanto se vendían.

Agua para rociar los árboles frutales con los que preparaban las mermeladas que hacían la delicia de los compradores.

Agua para los animales, para que las vacas dieran mucha leche y poder alimentar a los niños, además de preparar el dulce, tan solicitado por los habitantes del lugar.

Y agua para subsistir pues el pozo de agua potable que suplía las necesidades del hogar se estaba secando.

Nubela se puso muy triste y se le escapó una lágrima que fue a caer sobre la mano de la directora quien pensó que era un aviso del cielo.

La nube decidió buscar una solución al problema y fue en busca de sus hermanas.

—Tienen que ayudarme, de lo contrario, unos niños no tendrán qué comer ni dónde dormir. No tienen familia ni siquiera otro techo que los cobije.

—¿Estás segura? —preguntaron.

—Por supuesto. Lo acabo de comprobar con mis propios ojos y oídos.

—Pues iremos contigo.

Las nubes empezaron a llegar en tropel sobre las tierras del asilo. Se fueron fundiendo unas con otras hasta tornarse grises. Al condensarse y ponerse oscuras pudieron reflejar sobre la tierra su propia sombra.

De pronto una chispa radiante ¡Zas! surcó el espacio y el ruido ¡Plashsh! no se hizo esperar. Nubela junto a las hermanas se derramaron por completo sobre el orfanato.

Llovía y llovía.

Los ríos que nacían en las montañas se llenaron de agua y bajaron por las laderas en una carrera desenfrenada llenando los lagos y quebradas. El cerro gruñón se sonrió al sentir la caricia de la lluvia. El agua comenzó a subir hasta llenar los pozos. Los niños y la directora danzaban y reían mientras recibían el agua como un bautismo del cielo.

Ese anochecer la serenata brindada por los coquíes se escuchó en todos los rincones de la isla.

Las nubes todas se entregaron por una causa noble y desaparecieron, pero quedaron partículas con sus memorias en espera de que otras nubes las absorban y tomen su lugar.



Margarita Iguina Bravo

Puerto Rico

micasapr@caribe.net



Sobre ella:

Nací en una Isla del Caribe: Puerto Rico. Tengo la dicha de tener cuatro hijos y cinco nietos sanos. Soy química de profesión y poseo licencia de Corredora de Bienes Raíces. Luego de terminar una Maestría en Creación Literaria, comencé a escribir en este siglo orientada hacia una población adulta. He publicado tres libros de cuentos: *Hijas de Hércules*, *Anarquía*, *conflagración... transgresiones* y *Ecos...de una quimera*. *Las aventuras de Kirilo* presentada en el 2011 es mi primera novela juvenil. En el 2012 publiqué un híbrido entre cuento y novela titulado *Portal de los vientos*. Mi sueño es poder ilustrar mis propios cuentos infantiles. Estoy tomando clases de dibujo con ese objetivo.



Con los pelos de punta



—Ven, Spunky, ven —susurraba Erika—, y enseguida hacía un sonido como shhhhhhhhh, moviéndose despacio, de rodillas, por el piso de la iglesia, rebuscando por escondrijos y recovecos. Se sentó en el piso con lágrimas en los ojos. —Esto se va a convertir en un desastre. Y todo por culpa mía.

“No te la llesves”, le había advertido su mamá, pero ella no hizo caso. “Es mi mascota y tiene derecho a que la bendigan igual que a todas las demás” Y se fue con su mascota. Ahora no la encontraba y estaba desesperada. Sacó el teléfono celular del bolsillo y llamó a su mejor amigo.

—Papi —le dijo, a punto de empezar a llorar—. Spunky se me escapó, y por más que la busco no aparece. Oyó la pregunta y le contestó bajito: — En la Parroquia Apóstoles Pedro y Pablo.

Cerró los ojos, apretó los dientes y se quitó el teléfono de la oreja. Miró hacia afuera por si alguien se había asustado por el grito de su papá, que de seguro se oyó hasta en la China. Erika empezó a llorar tan fuerte que la terrible voz al teléfono se calmó enseguida.

—Voy para allá, no te preocupes. —Y colgó la llamada.

Pero Erika sí estaba preocupada. Entre lágrimas vio como Spunky pasaba de un escondrijo a otro y se levantó deprisa para buscarla, pero no la encontró donde creía que estaba. Aterrada, vio como empezaba a llegar la gente con sus mascotas.

El primero fue un hombre que traía una jaula con dos periquitos. Enseguida entró una señora que cargaba entre los brazos un inmenso gato. El gato se dejó sentir con agudos maullidos que le pusieron a Erika los pelos de punta.

— ¡Ay Dios! Aquí va a haber problemas —se dijo, y miró con terror hacia donde había visto a Spunky. Ansiosa miró hacia la puerta esperando ver a su padre, aunque sabía que era muy pronto para que llegara, porque él vivía un poco lejos. Lo que vio fue a cuatro personas entrar con sus perros, algunas con más de uno. De ahí en adelante empezó a llegar un gentío. Como estaban en una zona rural, además de los tantos perros y gatos, trajeron cerditos, gallinas, palomas, gansos, guineas, patos, conejos, tortugas, cabros, ovejas. A una vaca y un caballo los dejaron afuera, frente a la entrada, desde donde pudieran alcanzar la bendición a

impartirse. Pronto la parroquia estuvo llena de feligreses y de nerviosos animales haciendo alboroto. La niña fue a sentarse en el último banco mirando hacia la puerta de entrada, con su cartera de paja debajo del brazo, muy apretada a su cuerpo.

Se oyó el cántico de entrada y el sacerdote caminó por el pasillo del centro hasta llegar al altar. Se volvió de frente y se dirigió a la gente. Hablaba sobre San Francisco de Asís y de su amor por todas las criaturas vivientes. Sobre el cariño y los cuidados que debían prodigarse a los animalitos. Erika recordó el día en que su papá le trajo a Spunky. Fue para su cumpleaños. A él no le pareció raro que le pidiera ese regalo; siempre la comprendía y trataba de complacerla. Mami no estaba de acuerdo, pero la aceptó, y ella fue la niña más feliz del mundo.

De alguna forma el sacerdote estaba acertando la misa, quizás porque los perros cada vez ladraban más fuerte, los gatos se encrespaban, los cerdos gruñían, las gallinas correteaban y los demás animales se manifestaba como podían.

Pronto empezaban a pasar al altar, cada quien con su mascota para que recibiera la bendición. Ya los asistentes empezaban a ponerse de pie cuando Erika vio a su papá parado en la puerta. La miró y ella le hizo señas hacía donde creía que estaba Spunky.

Él se dirigió a ese lugar con tranquilidad, como si nada le preocupara. La vio enseguida y se le acercó despacio, pero Spunky lo notó y se deslizó veloz hacia el altar.

El sacerdote precisamente estaba bendiciendo a un cerdito, cuando Spunky le cruzó por delante a la viejita que lo cargaba. La viejita lanzó un grito y se desmayó. El cerdito escapó chillando y al instante se formó tremenda algazara, porque todos los animales se alborotaron. ¡Ladraban, maullaban, chillaban y muchos salieron volando! Cuando los feligreses vieron a Spunky, con sus buenos seis pies de largo deslizarse por el pasillo del centro, los que no salieron en estampida —gente y animales— se subieron a los bancos gritando como locos. Ya casi en la salida el papá de Erika agarró a Spunky y logró meterla dentro de la gran cartera de paja en la que ella la guardaba cuando salían de paseo.

Mucho trabajo le costó al sacerdote lograr que las pocas personas y animales que quedaban en la iglesia se tranquilizaran. Les recordó como el Santo de Asís protegió la vida del lobo feroz ante los enfurecidos aldeanos, porque todas las criaturas de Dios merecen nuestro amor. Entonces miró a Erika: —Niña, ven con tu mascota para bendecirla y así puedas llevártela.

Ella le preguntó qué si tenía que sacarla de la cartera de paja y el sacerdote le contestó que la bendición de Dios la alcanzaba aunque estuviera adentro. Cuando terminó le dijo al padre: — ¿Por qué no le regala a la nena un perrito para que lo traiga el año que viene?

Erika sonrió de contenta y dijo que sí.
Cuando iban saliendo le preguntó: — ¿Me regalarías un pitbull para mi próximo cumpleaños? Él miró para la iglesia de donde no salía ni un suspiro y le contestó:
—Tendré que pensarlo.



Justina Díaz Bisbal

Puerto Rico

jd_bisbal@yahoo.com



Sobre ella:

Puertorriqueña, lectora, escritora, madre, abuela y bisabuela. Yo de niña leía todos los libros de literatura e historias sagradas antes del inicio el curso escolar, era asidua visitante de la biblioteca escolar, ya en sexto grado había leído todas las novelas y cuentos disponibles en ella. Así he continuado leyendo y disfrutando.. Con estos antecedentes inevitablemente tenía que intentar ser escritora. He publicado la novela *Piénsalo bien*, *Yogui* y están a la espera: *En busca de un poderoso* y *Cuentos Perrunos*.

Vivo en un campo, en Salinas, donde sembramos árboles frutales, así que también me siento ser agricultora. Creo en Dios y amo mi patria.



Geografía del primer día



Era el primer día de nuestro tercer grado. La directora nos había hecho formar fila y entrar al aula. —Elijan un banco y un compañero. Ya vendrá la señorita —dijo, y salió cerrando la puerta. No sabíamos nada sobre la maestra, que aspecto tenía, si era joven, si era nueva en la escuela o alguna conocida. En realidad ni sabíamos dónde estaba.

Seguimos la sugerencia de la directora. Nos sentamos casi como el año anterior.

Esperamos. No venía. Los varones comenzaron a ponerse nerviosos. Gritaban, se paraban. Mariano y Diego, ¡cuándo no!, comenzaron a tirarse lápices uno al otro. De pronto, una voz detrás de la puerta, dijo:

—Chicos, ¿alguno sería tan amable de abrir la puerta por mí?

Silencio absoluto. Yo estaba por pararme cuando Carolina, que siempre fue una chupa medias, me ganó de mano.

Todos nuestros ojos giraron hacia la persona que entraba, buscando para ver si era la maestra, y por fin conocerla. La mujer entró. Traía en sus manos una montaña de cosas: el registro de asistencia, dos carpetas, un grueso fajo de papeles, dos cartulinas- una verde, la otra amarilla-, un mapa enrollado, cinco libros (un atlas, el libro de lectura, el de Ciencias Sociales, una Geometría y un diccionario gordo), una regla larga, un transportador, dos cajas con tizas, (blancas y de colores) y el borrador. Llevaba su bolso al hombro, un paraguas y un abrigo en el brazo.

Nos asustamos, no por su cara que oculta por tanta cosa aun no habíamos visto, sino pensando que ese material era el que iba usar ese día en clase. ¡Y era el primer día! ¡Qué nos esperaba después!

Todos seguimos mirando su espalda cuando se dirigía al escritorio. En el piso había un lápiz. Pequeño. Inocente. El pie de la maestra se apoyó sobre él. El lápiz se deslizó. Contuvimos la respiración.

Sus piernas se elevaron. Altas. Muy altas. Su espalda se inclinó. Hacia abajo. ¡Más abajo! ¡Al piso! ¡La ley de gravedad en plena acción!

Nuestras miradas siguieron la caída de la maestra y el vuelo de las dos cartulinas, del registro de asistencia, de los papeles que proyectados hacia el techo se separaron en forma de abanico. Las carpetas que salieron por los aires se abrieron, desparramando ejercicios de geometría por un lado y

poesías por el otro. La regla y el compás dieron una voltereta mezclándose con las tizas liberadas. El borrador salió lanzado como un cohete en Cabo Kennedy. El mapa giró hacia arriba desenrollándose en las alturas.

Los libros volaron bajito, sobre todo el diccionario gordo. Milagrosamente, la cartera, el paraguas y el abrigo permanecieron con ella.

Todo eso había pasado en milésimas de segundo. Después empezó el aterrizaje. Los libros que estaban más cercanos fueron los primeros en alcanzar el cuerpo de la maestra. Luego cayó el mapa de América. Su cara quedó bajo Méjico, con la ciudad de Méjico instalada, justo, sobre la nariz. Una a una, bajaron las tizas, seguidas de las cajas vacías. La regla y el transportador, acostumbrados a trabajar juntos, descendieron coordinados. Las hojas cayeron por todos lados. Una carpeta, abierta aterrizó sobre Venezuela, sobre ella cayó el registro y luego las dos cartulinas, que quedaron en forma de cruz sobre el cuerpo. La carpeta de los poemas, sin hojas, descendió en el mar Caribe y como una lluvia, todas las poesías se precipitaron sobre nosotros.

¿El borrador? ¡Ja!, descendió en picada, justo en la cabeza de Carolina.

¿Y la maestra? Estaba allí, bajo todo el saber del mundo, y aun sin dar la cara. La actividad del día, hasta ahora, había sido mirar a esa mujer desconocida que por un motivo u otro nos ocultaba el rostro.

Desconcertados, con las bocas abiertas, los treinta alumnos mirábamos el Aconcagua convertido en una sierra sobre su cuerpo.

De pronto, una mano salió por debajo de los Estados Unidos y se movió saludando y una voz partió desde Guatemala diciendo: — ¡Buenos días, chicos! Soy la señorita Silvia... ¡Por favor, que alguien llame a la directora! ¡Ay!... ¡Urgente! Todos miramos a Carolina, que lloraba tocando su cabeza coronada por un chichón de color morado. Caro no hizo ningún intento para moverse.

Así que, agradecida al borrador, me paré y salí corriendo hacia la dirección para buscar ayuda. ¡Me moría por conocer la cara de la maestra!

— ¡Silvia!- gritó la directora cuando entró.

—Aquí... ¡Ay! —fue la respuesta.

—Chicos, salgan al patio, por favor, —fue la orden que siguió.

Todos, apretados como fósforos en una caja nueva, espiamos. Algunos con el cogote estirado, otros agachados.

Desde nuestro escondite, vimos la ambulancia, los doctores que descendieron, la camilla donde la llevaron.

Luego, quedamos vagando por el patio en un recreo inesperado, hasta que

la secretaria nos hizo pasar al aula a recoger nuestras cosas.

Seria, nos dijo:

—Como ya saben la maestra se accidentó, por eso mañana vendrá una suplente.

Salimos en silencio.

Encima del escritorio quedaba todo el material de estudio de la señorita Silvia, plano como una llanura.



Gloria Canal
Argentina

canalglo@yahoo.ca



Sobre ella:

Nací en un barrio dónde las calles tenían nombres de poetas. Cuando tenía ocho años, elegí mi primer libro en una librería. Era una antología de poesías infantiles. Ese libro fue mi compañero, lo llevaba a todos lados y al que se cruzara conmigo, le leía una poesía. Y luego de ese libro vinieron otros, llegaron los de ciencia. Me recibí de Bioquímica y comencé a trabajar como bacterióloga. Ese mundo me apasionó por años. Un día fui invitada a un taller de escritura y toda mi vida giró de golpe, comencé a escribir y a acercarme especialmente a la LIJ. En pleno cambio de carrera mi vida tuvo otro giro, me mudé a Canadá donde aun resido dedicada a la escritura y a la coordinación de talleres.



El cuento de la maestra Rosario

MANUEL REMIENDOS nunca dice la verdad. Por cada mentira le crecen los dedos, las uñas, la cabeza, la boca y en las pesadillas ve sus pies convertirse en patas de una vaca salvaje. Hoy se salió del aula, sin permiso de la maestra. Se subió al techo a buscar un nido de pájaros. Gritó a todo pulmón, para llamar la atención: “Aquí hay una brújula de un barco pirata... ¡¡Hurra!!!...”

–Manuel Remiendos, ¿¡qué haces allí en ese peligro donde puedes partir las tejas y caerte al piso!? –Le reclamó preocupada la maestra Rosario al menudo.

–Estoy en busca de un tesoro –respondió él, como si nada malo sucediera.

– ¿Por qué te has salido de la clase de matemáticas?

–Ya me sé toditos los números...

Manuel Remiendos no pudo bajar por el árbol donde subió. Las hormigas cabeza apache estaban alborotadas. Debajo de las ramas revoloteaban las abejas. La maestra no pudo subir por la escalera, porque le dio miedo. Los bomberos no pudieron llegar, porque había emergencias en la ciudad.

Manuel Remiendos esa noche soñó que un espantapájaros patas largas le hizo una brujería. Le crecían las orejas, las uñas. Las sombras lo perseguían por el patio oscuro de la escuela. Eran las doce de la noche. La maestra Rosario ya no le extendía los brazos para ayudarlo y él se orinó en la cama.

El espantapájaros de patas largas, perseguía en el sueño a Manuel Remiendos. Ya lo alcanzaba para robarle los cuadernos. Ambos corrían como sombras entre los árboles de la plaza, donde aparecen gorilas sin cabeza.

La maestra Rosario también tuvo pesadillas.

Del libro inédito *Catalina Gala bajo la lluvia y otros cuentos*



Sobre él:

Nací en La Grita, Táchira, ciudad andina al pie de los páramos, en un valle rodeado de aldeas, casas con chimeneas que parecen barcos, con destino a esos azules de los pájaros. Aprendí a leer y escribir de la mano de la costurera María Inés, mi madre. Escuchaba los poemas que mi padre escribía, el fotógrafo de cámara de cajón en la calle, Argimiro de Jesús. Un poco más grande me hice periodista y trabajé en el diario El Nacional, en la fuente de literatura. En Caracas he pasado treinta y nueve años. La cigüeña me trajo a este lado del jardín en 1952, por eso el trece de enero abro ventanas para recibir banderas y pájaros. He publicado algunos libros, en periódicos, revistas y dicto talleres para aprender a viajar, soñar y crecer con la magia constructora de las palabras. Cuando la dicha es plena, me alejo a San Nicolás de la Lejanía, allá en el último pueblo del mar oriental venezolano, donde nacen mis páginas que se hacen con la espuma de olas, cuentos de caballitos de amor y recuerdos de la infancia.



La leyenda de las palabras



Entre los lectores circula una leyenda desde hace muchos años. Es común escucharla de boca de los padres cuando en la noche arropan a sus hijos. Dice así:

"En otro tiempo cuando no existían los lectores, ni los libros, cuando eran pocas y pequeñas las palabras, las personas se levantaban a la mañana para ir al trabajo, desayunaban, se despedían de su familia con un beso y partían. Trabajaban sumergidos en planillas y papeles, sus caras eran grises, sus ojos carecían del brillo que enriquece las miradas que guardan sueños por cumplirse. Su andar cansino, cabeza gacha. Humor rabioso y furibundo vestían las ciudades de aquel tiempo.

Al final de la jornada, retornaban a sus hogares, en los que por ese entonces no se veía un libro ni en el rincón más chiquito de la casa de ningún habitante. Tampoco se veía un libro en un basural, ni incendiado, ni sobre una mesa de luz, ni escondido debajo de un colchón por resultar prohibido, ni siquiera de sostén de una mesa con una pata más corta. Era un mundo sin libros a la vista, y por cierto, si algún habitante se topaba con uno de ellos, lo miraba con desdén o indiferencia.

En esos hogares familiares casi no se escuchaban palabras al final del día, ni en el medio, ni al comienzo, ni tarde, ni temprano. Los niños se iban a dormir con un simple y escueto: "Buenas noches". A ningún niño se le contaba o leía historia alguna. Solo hacían lo que debían hacer, cumplían las reglas, acataban. No soñaban, nadie osaba hacerlo, porque nadie imaginaba que se pudiera soñar, tampoco nadie soñaba que se pudiera imaginar.

Por la mañana en el desayuno nadie contaba sueños o pesadillas. No imaginaban, no fantaseaban, ni siquiera mentían, no se enamoraban, no jugaban en casas abandonadas, no buscaban cofres con joyas, ni escondían tesoros, ni se vestían de piratas, no escribían cartas de declaración de amor al chico o a la chica que les gustaba, no saltaban de árbol en árbol jugando a los súper héroes. No tenían con qué enriquecer sus fantasías, ni su vocabulario, ni sus aventuras. No tenían cómo adornar sus sueños o agrandar sus pesadillas. Era un tiempo casi sin palabras, no leían, ni les leían.

Pero un día, en un pueblo del mundo sin lectores, ubicado en el centro del mundo, llegó un extraño forastero. Algunos dicen que traía un burro cargado de libros, otros que andaba en una carreta.

Eran libros con colores extraordinarios e imágenes fantásticas, que

contaban aventuras sorprendentes, y a pesar de que muchos adultos repudiaron al forastero por miedo a lo que pudiera causar el objeto tan extraño, a la mayoría le ganó la curiosidad que despertaban los raros "libros", que así el forastero nombraba llamaba esa extrañeza.

El rumor corrió de boca en boca, y se extendió hacia el norte del mundo, hacia el sur, hacia las montañas y hacia el mar. La noticia del forastero que viajaba con un burro o con una carreta con bueyes, cargado de libros que leía y ofrecía llegó a cada rincón del mundo.

Poco a poco la gente comenzó a hablar más. Tenían palabras para decir, historias que contar. Todos querían hablar y escuchar. Porque todos tenían algo para narrar.

Los libros comenzaron a hallarse en lugares insólitos. En el baño, en la cocina, olvidados en el jardín, en la mesa del comedor, bajo los colchones, en la cucha del perro, sobre las ramas de los árboles, en las garras de un león.

Los lectores fueron tomando la forma de sus libros, se volvían soñadores, escapistas, misioneras, bucaneros, doncellas. Se volvían otros."

Desde entonces, ocurre que en las noches, una historia se cuele en algún sueño. Dicen que los guardianes de esta leyenda son los niños, ¿será verdad?

 **María Frascara**
Argentina

www.radio-unangelparatusoledad.blogspot.com

Sobre ella:

Mi nombre es María, adoro leer desde muy chica, disfruto sumergiéndome en los libros y siendo parte de sus aventuras. Aventuras que fueron quedando en mí y fueron construyendo sus cuevitas, sus hogares y sus amores. Esas historias un día golpearon la puerta y pidieron permiso para ir a jugar.

Comencé por contarlas a otros, para que pudieran disfrutarlas, descubrí que mi voz tenía matices que me hacían reír o llorar, y quienes las escuchaban quedaban eclipsados como si los timbres de la melodía los sumergiera en un conjuro.

Sucedió también que un día me puse a jugar con un lápiz que me guiñó el ojo ahí supe que él sería quien las transportara desde mi interior al patio de juegos. Ese día comencé a escribir y hacerlo suele ser un viaje a lo profundo de mí.



El Regalo



Faltaban pocos días para el cumpleaños de mi abuelita y no sabía qué regalarle. Quería que fuera algo especial. De pronto se me ocurrió una idea. Yo misma le haría algo con mis manos ya que ella siempre está haciendo cosas para mí. Hornea el más sabroso bizcocho de chocolate y las galletitas más ricas, hace desaparecer las manchas de mi ropa como por arte de magia, pega botones saltarines, baja, sube y arregla ruedos rebeldes, hace zurcidos invisibles y hermosos bordados, crea los lazos más bellos e inventa y elabora toda clase de disfraces.

Se me ocurrió que podría dibujar para ella algo que le gustara mucho. Después de pensarlo por un rato supe qué. Le haría un retrato de mi abuelo. Enseguida busqué papel y lápices y empecé a trabajar.

En la parte de arriba del papel hice un círculo. Ya tenía hecha la cabeza a la que le añadí unos cuantos pelos porque mi abuelo es casi calvo. Dentro del círculo dibujé dos ojos redondos y luminosos como dos cucubanos debajo de unas cejas muy anchas. En el medio una nariz un poco grande y debajo una boca en forma de luna nueva. Todavía no se parecía. Entonces me di cuenta de lo que le hacía faltaba: los anteojos y el bigote. Después de dibujarlos noté que faltaba algo más y lo añadí enseguida: las orejas. ¡Listo! La cara de mi abuelo me miraba desde el papel.

Seguí hacia abajo y dibujé el cuello. Luego los hombros y los brazos. Al final las manos grandes y fuertes. Son importantes las manos de mi abuelo. Ya están arrugadas porque es muy viejito. Su piel es dura y áspera porque han trabajado mucho. Pero sus caricias son casi tan suaves como las de mi abuela.

Lo demás fue fácil. Dibujé el pecho, la barriga, las piernas y los pies. Sobre el pecho pinté una camisa amarilla con tres botones y un bolsillo. Marqué la cintura dibujando una correa. Tapé las piernas pintando unos pantalones azules y los pies con unos zapatos negros.

¡Ya está! Pero seguía mirando el dibujo y pensando que debía añadir algo más. Dibujé en una mano las tijeras de podar y en la otra una rosa roja como las que recorta del jardín para mi abuela. Ahora, sí, estaba completo mi dibujo. Entonces lo enrollé y lo amarré con una cinta de colores.

A mi abuela le gustó muchísimo su regalo de cumpleaños. Tanto que me pidió que, como hacen los artistas, le añadiera mi firma y la fecha.

A los pocos días cuando regresé a visitarla mi dibujo estaba colgado en la sala en un marco muy bonito. Mi abuelo me enseñó un marco igual que estaba vacío y me dijo:

—Para el cumpleaños de tu abuela dibujaste lo que a ella más le gusta, — y me guiñó un ojo. — Para el mío quisiera que dibujaras lo que más me gusta a mí.

Por eso busqué papel y lápices y empecé a trabajar. Ya hice, en la parte de arriba del papel, un círculo que será la cabeza. Esta no será tan fácil de dibujar. Mi abuela tiene una hermosa cabellera corta, riza y gris. Eso es más difícil que dibujar los tres pelos de mi abuelo.

 Georgina Lázaro

georginalazaro@hotmail.com

www.georginalazaro.com

Publicado en 2003 - Serie *Amigos*, Santillana / Puerto Rico

Sobre ella:

Soy la segunda de una familia de ocho hermanos y numerosos tíos y primos. Desde pequeña me gustaron mucho los cuentos y, por suerte, siempre encontré quien me los contara o leyera cuando todavía no sabía leer. Luego, para ayudar a mi mamá a entretener a mis hermanos, me convertí en *cuentera*. Sin embargo nunca pensé que algún día escribiría cuentos. La emoción de la maternidad fue el impulso que me reveló mi vocación escondida. Escribí para mis hijos nanas y cuentos deseando transmitirles mi amor por las palabras. Y así, tratando de convertirlos en lectores ávidos, como era yo, ellos me han transformado en escritora.



El misterio del cascabel

La mamá de Lucrecia estaba muy preocupada porque Warí, el gato, en una de sus aventuras había perdido el cascabel que llevaba en su collar. Lucrecia intentaba seguirlo para ver adónde había estado pero él se escapaba y no lo podía encontrar.

Entonces se metió en la casa de las muñecas y les preguntó a sus juguetes si alguno tenía una idea para descubrir a Warí, las muñecas, los osos y los otros chiches quisieron colaborar pero solo el viejo gato de peluche amarillo le dijo lo que podía haber pasado.

- Lucrecia, yo vi llegar a Warí muy agitado y golpeado en estos días y creo que sé porque.

- ¿Por qué? - preguntó la nena.

- Los gatos somos muy paseaderos, nos gusta visitar los techos de las casas del barrio, los jardines y maullar de noche para cortejar a las gatitas bonitas. Pero a veces nos metemos en líos.

Lucrecia al oír atentamente lo que dijo su peluche, se decidió a investigar en que andaba Warí. Fue a la habitación de su mamá y sacó un cofre lleno de cosas útiles que guardaba para momentos especiales. Como encontrar el cascabel era algo muy especial comenzó a sacar: sogas, tizas, guantes, pegamento, clavos y también llaves, velas, un reloj y una calculadora. Hasta que al fin encontró algo interesante: la crema para volverse invisible que le dieron en la juguetería del barrio. Nunca la había usado pero este era el momento para hacerlo. En un minuto Lucrecia se había pasado la crema desde el pelo hasta la punta de sus zapatillas rojas.

Muy segura se escondió y esperó que su gato saliera a dar una vuelta como todas las tardes y lo siguió.

Warí siempre corría y se escapaba cuando la veía fuera de la casa pero esta vez parecía no verla ni oírla. Iba apurado por la vereda y no parecía ni acordarse del cascabel que mamá le había puesto en el collar. De repente ¡Pruch! El gato dio un salto y cayó parado sobre el muro de una pequeña casa llena de flores y enredaderas. Lucrecia estaba muy cerca, pero tal vez gracias a la crema para volverse invisible, él no la veía y caminaba sobre el muro contorneando su cuerpo, de acá para allá con mucha elegancia dando de vez en cuando unos largos maullidos estirando su cuello.

Todo parecía más o menos normal hasta que no sé de dónde aparecieron junto a el gato muchos otros gatos, mas grandes y sucios que Warí. Fue horrible; ellos le daban manotazos con sus uñas afiladas y lo querían tirar

del muro, Lucrecia ya no podía aguantar más, cerró los ojos y deseó con muchas ganas que los gatos callejeros no dañaran a su Warí y como por arte de magia ¡Pluff! Todos huyeron rápidamente.

Menos Warí que seguía allí cansado pero firme como un príncipe, entonces la nena se acercó y pudo ver que de la casa salía una abuela con una mantilla rosa que le cubría la espalda y entre sus brazos traía una hermosa gata siamesa, blanca y coqueta.

Lucrecia quedó maravillada y más todavía cuando vio que la gata tenía colgado de su collar el cascabel de Warí.

En ese instante, la niña había descubierto el misterio, lo que pasaba era que su gato se había enamorado y como buen enamorado tenía que regalar algo a su amada, él le regaló su cascabel.

Lucrecia volvió a su casa contenta, se dio un buen baño porque tenía miedo de que después de tanta aventura su mamá no le sirviera la cena.



María Fernanda Macimiani©
Argentina

fernanda@leemeuncuento.com.ar

www.leemeuncuento.com.ar

Segundo premio en el concurso “Cuentos para Lucrecia” de la revista virtual El Mangrullo



Sobre ella:

Nací en el año 1971, en Buenos Aires Argentina. Soy mamá de cuatro hijos. Soy diseñadora web y gráfica. He creado el sitio web *Léeme un Cuento*, dedicado a la Promoción de la lectura y la literatura infantil y juvenil en el año 2000, por él recibí el Premio Pregonero 2011 en la Feria del Libro Infantil de Bs.As. Cuento con el apoyo de escritores, padres, docentes y lectores de todas las edades. Hace poco comencé a publicar mis obras, *Fresilinda y el jardín mágico*, en Puerto Rico. También lo hice en Argentina en CD y en formato e-book. *El misterio del cascabel* se publicó en la Revista Literaria “El Mangrullo”. En la Antología “*A la hora de la siesta*” *Magia y Rebeldía*, he publicado poemas. Colaboro con la AALIJ, como Coordinadora de Prensa. Amo escribir para el público infantil.



Inesperada visita



A orillas del Río Duendario, se levanta una ciudad como un racimo de uvas de cemento. Una ciudad con abanico de barrios, rompecabezas de calles, cinturón verde de árboles.

La vida allí, durante la semana, se parece a un enjambre en torno a la fábrica de reconocimiento mundial. El humo de sus chimeneas diariamente le escribe mensajes al pueblo de los pájaros, mientras el bullicio de los recreos le pinta una sonrisa de cal a los tapiales.

La ciudad gira en continuo movimiento, hasta que el fin de semana, invita a descansar a orillas de su río. Las horas hacen equilibrio en el pentagrama de los domingos.

En esa tranquilidad y disfrutando de las pequeñas grandes cosas, pasan los días.

Pero siempre hay un “pero”... Esa mañana la radio interrumpió la música y dio la noticia: *"Último momento... en la fábrica SUELTANOR S.A. se encuentra alojada una MAXIMANCHA, desconociéndose su procedencia e intenciones"*.

Fue como si una piedra hubiera roto la paz y saltaran astillas de vidrio por todos lados.

El locutor siguió hablando, pero ya nadie lo escuchaba. La gente comentaba y no había rincón al que no llegaran comentarios exagerados, inventados, cambiados.

-¿Será tóxica?, ¿beneficiosa?, ¿mortal?... En fin...la MAXIMANCHA estaba instalada en la fábrica como un león con su melena de sombras, agazapada, esperando el momento oportuno para dar el zarpazo.

La mañana se oscureció como si la noche hubiera tendido su cama en el cielo. El gallo de la veleta giró sin norte ni sur. Junto a la MAXIMANCHA marchaba un cortejo de silencios y de miedos.

Los que la vieron estaban muy asustados. Algunos dijeron que había tratado de asfixiarlos. Otros, que tenía colmillos negros y garras. Cada uno daba su versión.

El Sr Intendente junto a Defensa Civil, citó a la población para una reunión en el Club Sportivo a las 21. Allí estuvieron todos. Opinaban, hablaban, inventaban, hasta que el Dr. Tirabajo dijo:

-Yo exijo que se demuela o se cierre la fábrica, ya bastante nos molesta con sus ruidos, humos y ahora suma la presencia de esta Maximancha.

-Pero Ud. está loco... gritó enojado Juancito Laborante. Si

desaparece la fábrica ¿dónde vamos a trabajar?, la ciudad moriría de a poco.

-¡Peor es que debamos morir nosotros como moscas!, dijo doña Tremebunda Malaonda

- Lo que sucede, dijo un ecologista, es que la ciudad creció y la fábrica quedó dentro de los barrios y eso no es correcto. Nadie se escuchaba. Hasta que el cura se subió a una silla y pidió orden. Milagrosamente la gente calló.

La Maximancha se había asomado por la ventana, luego desapareció... el silencio era mortal.

El ingeniero Inventutti aprovechó para pedir calma y atención. Luego de algunas explicaciones técnicas buscaron “entre todos” posibles soluciones. Ideas por aquí, planes por allá. La población entera iba a colaborar.

Esa noche casi nadie durmió. Tenían que tener bien claros los detalles para no fallar. Por la mañana llegó el pueblo entero a la fábrica SUELTANOR S.A. Llevaban palas, patines, patinetas, termos, mates, tortas, plantas, plantines, flores...

Ante una orden, los hombres comenzaron a cavar una zanja alrededor de la fábrica. Cuando estuvo concluida, levantaron juntos y a la vez, el extremo sur de la fábrica y los chicos colocaron debajo las patinetas. Luego fueron a la parte norte (el frente) y haciendo el mismo trabajo, pusieron los patines. Después con fuerza y muchísimo cuidado, el pueblo unido empujó para trasladar la fábrica de lugar.

La acomodaron a un costado del último barrio en medio de una verde plantación.

En su lugar, los abuelos de inmediato, armaron una plaza con los plantines y las flores.

Una misión ya estaba cumplida. Las mujeres cebaron mate con torta. Ahora faltaba cazar a la Maximancha.

Para esto el ingeniero Inventutti preparó dos enormes espejos circulares pegoteados con miel que debían ser colocados en la boca de las dos chimeneas de la fábrica. Aquí colaboraron los alpinistas que subieron como gatos. Apenas la Maximancha se vio reflejada pensó que al fin tenía alguien como ella para conversar. Cuando se acercó, quedó pegada en la miel. La dulce trampa fue un éxito. De este modo pudieron acercarse y escuchar qué tenía para decirles.

Se trataba de una nube pequeña sin familia, no una Maximancha. Se había perdido y entrado a la fábrica sin saber bien dónde estaba, ni imaginando lo que causaría. Como la chimenea estaba sucia su blancura se tiznó con hollín. Por eso al salir manchaba y asustaba. No era mala ni contaminaba. Lo único que buscaba era compañía. Se sentía muy sola. Mientras hablaba se le humedecían los ojos.

Su historia desconcertó a todos. Borró la preocupación y agregó un

habitante más al lugar.

Desde entonces, la ciudad a orillas del Río Duendario tiene nube propia. Limpia los vidrios claros de la mañana, nubla calles y barrios a pedido, también llueve a domicilio.

Cuando está cansada, se pliega y duerme adentro de este cuento.



Vilma Novick Freyre
Argentina

vilmanovick@gmail.com



Sobre ella:

Soy argentina y vivo en las sierras de Córdoba, tengo cuatro nietas. Nací un 1 de septiembre, mes de la primavera en mi país, ¿será por eso que siento en mi cabeza un revoltijo de trinos y en lugar de flores, me nacen historias? Las escribo y algunas se convierten en libros. Hoy me dicen “señora Cuentacuentos” porque voy feliz sembrando y cosechando palabras por todas partes, lugares insólitos habitados por personas que disfrutan de estos relatos.



Metralleta y Patapalo

Germán es un mentiroso, pero es mi amigo. Ayer por la mañana teníamos que hacer un control de lengua a primera hora. Antes de empezar, don Marcelo nos dejó repasar los cuatro temas durante diez minutos. Luego, cuando estábamos en el primer aviso para guardar los libros, apareció Germán por la puerta, recién caído de la cama. Todavía llevaba las arrugas de la almohada marcadas en su cara. Cuando Germán llega tarde a clase, don Marcelo, el profe de lengua, no quiere ni oírle hablar.

—Puntualidad, Germán. Puntualidad y diligencia, dos virtudes que se aprenden en la infancia —nuestro profe suele hablar así, un poco raro. Sobre todo antes de los controles. Pero no es mala persona, sólo un poco calvo.

—Hoy no ha sido culpa mía, don Marcelo. Me han entretenido —se excusó Germán.

— ¡Ah, ya! Supongo que ha vuelto a escaparse la familia de jirafas que tenéis en el cuarto de baño. No importa. Siéntate —le ordenó el profe que ya empezaba a ponerse nervioso.

Todos, incluso Noemí, nos quedamos quietos, esperando que Germán empezara con alguna de sus historias. No podía fallar. Germán dudó unos instantes, y al fin dijo:

—No, don Marcelo, nada de jirafas. Eran japoneses.

El primero fue Gustavo, pero luego todos nos echamos a reír. El profe arrugó la nariz, se quitó las gafas, las puso muy despacio sobre la mesa, y se pasó la mano por la calva, yo creo que para hacer tiempo y no ponerse a gritar.

—Mira, Germán, no empecemos. Llegar tarde es una falta grave, pero el cachondeo, sí, *cachondeo* —repitió alzando la voz—, no lo puedo consentir.

Y lo más curioso es que Germán ponía cara de pena, como si se le acabara de morir su perro. Aunque el resto de la clase no paró de reír, yo dejé de hacerlo, porque Germán es mi amigo, y sabía que iba a tener problemas.

—Eran espías japoneses con cámaras de fotos en miniatura, y yo les he seguido por la calle antes de ir a la policía, porque estaban...

Aunque don Marcelo se puso rojo, eso fue sólo el principio, porque luego su cara empezó a tomar un color azul grisáceo, para llegar finalmente al verde pimienta. Al profe no le llegaba la voz a la garganta. Trató de hablar, o de gritar, pero sólo consiguió tartamudear y mover los brazos en el aire, como si fuera un enorme pájaro de cien kilos a punto de echar a volar.

Ayer Germán estaba inspirado. Seguro que no se había preparado el control, y quería conseguir que se aplazara. Aprovechando que don Marcelo no podía decir ni pío, tomó carrerilla y dijo todo lo que se le ocurrió.

—Y como se me estaba haciendo tarde y no quería perderme la primera hora, le he pedido ayuda a mis abuelos, Metralleta y Patapalo — continuó, poniéndose de puntillas.

Germán estaba muy nervioso. Daba pequeños saltitos sin moverse del sitio, pero yo sabía que estaba decidido a contar toda la historia, pasase lo que pasase.

—Meee... Meetralleee... ta y Paa... Patapaaa... —nuestro profe no podía siquiera terminar las palabras. El sudor le caía desde la frente hacia la barbilla.

Gustavo, que es un pelota, salió de la clase con un vaso de plástico para llenarlo de agua y revivir a don Marcelo, pero cuando entraba por la puerta, de regreso del servicio, Noemí le puso la zancadilla, y el vaso de agua nos regó a todos los de la primera fila. El profe seguía batiendo alas delante de la pizarra.

—No es que mis abuelos se llamen así, no crea, pero así es como los conocen sus amigos. Metralleta, la abuela, se dedicaba a atracar bancos. Escondía el arma en la bolsa de hacer punto, aunque ella dice que no era ninguna metralleta, sino agujas del siete y ovillos de lana.

Yo ya me conocía la historia, porque Germán me la había contado muchas veces, así que me dediqué a terminar los ejercicios de inglés, porque la señorita *How-do-you-do* había dicho que los iba a recoger ayer, y lo malo de *How-do-you-do* es que cuando dice que va a hacer algo, lo hace.

—Pero mi abuelo, Patapalo, la convenció, y ya no atraca bancos. Mi abuelo es genial. Durante toda su vida trabajó de pirata. Se quedó cojo y tuerto hace ya muchísimos años, y decía que no lo contrataban en ningún sitio.

—Piii... piraaa... —tartamudeó el profe torciendo la boca de una forma muy rara. Sacudía las manos y se las estrujaba como si fueran dos esponjas llenas de agua.

Mi amigo Germán no tiene mala uva ni es desobediente, pero cuando empieza ya no puede parar. El muy tonto seguía tratando de convencer a don Marcelo. Miré mi reloj: había pasado más de la mitad de la clase.

—Mi padre, cuando yo era más pequeño, me dijo que la cojera del abuelo era de mentira, que lo que tenía era mucho cuento y ganas de calentarnos a todos la cabeza.

Ahora el que sudaba era Germán. Le temblaba la voz, y miraba unas veces al profe y otras a nosotros, como pidiendo ayuda.

—Germán, cállate de una vez y siéntate en tu sitio —logró decir al fin don Marcelo en un susurro que sólo pudimos oír los de la primera fila. Pero ya no había nada que hacer.

—Supongo que me dijo eso para que yo no tratara de imitarlo, porque no habría sido un buen ejemplo para mí, pero un día mi abuelo...

Sara y Arturo, que son los mayores y los más fuertes de la clase, fueron corriendo hasta la pizarra y sujetaron al profe, que había empezado a dar vueltas como una peonza antes de caer al suelo. Lo arrastraron hasta su mesa y lo sentaron en la silla. Luego volvieron a sus pupitres y continuaron con los ejercicios de inglés, como yo. La hora de clase estaba a punto de terminar y Germán seguía hablando.

—...Patapalo me contó la verdad. Incluso me enseñó la bandera negra con la calavera que guardaba en el fondo de un baúl, y me dijo que su barco se llamaba “El fantasma holandés”.

Ninguno de nosotros escuchó la sirena que anunciaba el cambio de hora. Ni don Marcelo, que tenía la cabeza hundida entre los brazos cruzados encima de su mesa, ni Germán, que había contado la aventura más extraña de los últimos meses, así que la entrada de *How-do-you-do* casi nos pilló por sorpresa.

—Vamos, vamos, don Marcelo, que ya pasó todo. No se ponga así, que todos podemos tener un mal día. Lo esperan los chicos de 5° B —decía *How-do-you-do* tirando del brazo de nuestro profe para levantarlo de su silla y conseguir que abandonara el aula.

Después de inglés, durante el recreo, todos pudimos escuchar las risas que salían de la Sala de Profesores. Don Marcelo, con un ataque de hipo, pedía la expulsión de Germán. Lo más seguro es que lo castiguen sin recreo durante las próximas dos semanas, y sus padres tengan que venir a hablar con el Faquir, el jefe de estudios, pero eso es todo. El examen de lengua no se hará hasta el viernes.

Por la tarde, al terminar las clases, vino el abuelo de Germán a recogerlo a la salida del colegio. Tenían que ir al dentista, creo. Yo ya he

estado varias veces en casa de Germán, así que no me sorprendió, pero Noemí, Arturo, Sara, Gustavo, y hasta el Faquir, *How-do-you-do* y don Marcelo se quedaron con la boca abierta al ver aparecer al abuelo de Germán con un parche en el ojo, arrastrando una pierna y un pañuelo rojo en la cabeza. Sólo le faltaba el loro de colores en el hombro y un garfio al final del brazo.

— ¡Patapalo! —exclamaron todos al verlo avanzar tambaleante por el patio.

—En marcha, rufián —le gritó a mi amigo con una voz que parecía un trueno.

Germán mostró una clara sonrisa de triunfo. Agarró a su abuelo de la mano y desaparecieron calle abajo.

Y no digo nada más, que luego dicen que soy yo el que cuenta cuentos. Cada cual que piense lo que quiera. Además, aunque Germán sea un mentiroso, va a seguir siendo mi amigo, así que me da lo mismo.

 © Enrique Páez
España

enrique@enriquepaez.com

www.enriquepaez.com

Un barco cargado de cuentos, Editorial SM, Serie Naranja, Madrid, 1996.

Sobre él:

Soy licenciado en Literatura Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid, tengo publicados más de 30 libros entre novelas, ensayos, libros de texto y antologías, y he sido traducido a diez idiomas. En 1991 gané el Premio Lazarillo de Creación Literaria otorgado por el Ministerio de Cultura de España por mi primera novela *Devuélveme el anillo, pelo cepillo*, Editada por Bruño. Después llegaron *Abdel* (SM), *Un secuestro de película* (SM), *La Olimpiada de los animales* (Panamericana), *Eu me chamo Suzana, e voçê?* (Aletria), *Cuatro muertes para Lidia* (Bruño), y muchas más. Doy clases en Madrid y Nueva York, y colaboro con el Instituto Cervantes. Fundé y dirigí el *Taller de Escritura de Madrid* de 1993 a 2008. El ensayo *Escribir: Manual de técnicas narrativas*, (Ed. SM y Círculo de Lectores), es un

referente en los tratados de creación literaria. Actualmente coordino la Red Internacional de Cuentacuentos www.cuentacuentos.eu , dirijo el Taller de Escritura www.tallerdeescritura.com , y me dedico a escribir siempre que puedo.



Comía galletitas, sí. Se las tiraba el público.
Y mucha fruta fresca, sí. La traía el cuidador.
Trepaba a lo más alto, sí. Tenía cuatro manos.
Se columpiaba fácil, sí. Colgado de la cola.
¿Lo mojaba la lluvia? No, la jaula tenía techo.
¿Podía andar a su gusto? No, la jaula tenía rejas.
Un día enganchó de la camisa al cuidador. Y le sacó el llavero.
Sabía usar la llave, sí. Lo había visto usarla.
Se escapó de la jaula, sí. Encerró al cuidador.
El cuidador comía galletitas, sí. Se las tiraba el público.
Y fruta fresca, sí. Se la alcanzaba el mono.
¿Trepaba a lo más alto? No, sólo tenía dos manos.
¿Se columpiaba fácil? No, le faltaba una cola.
Vio que venía el dueño del zoológico. Sí, corriendo al mono.
El mono abrió la reja, sí. Y escapó el cuidador.
El mono entró a la jaula, sí. Con la llave en la mano.
El dueño del zoológico entró detrás. A sacarle la llave.
El mono salió pronto, sí sí sí. Dejó encerrado al dueño.
¿Quedó ahí muy tranquilo? ¡No! Gritaba fuerte.
El mono se escapó de rama en rama, sí. El cuidador, corriendo.

 Iris Rivera
Argentina

irisr@uolsinectis.com.ar

En la punta de la lengua. Cuentos cortos y cortitos. Ed. Sudamericana.
Bs.As. .2012

 **Sobre ella:**

Nací en Buenos Aires en 1950, es decir, en el milenio pasado.
Un día, para blanquear mi edad, dejé de teñirse. No hacía falta pintarse el pelo para seguir haciendo lo que me gustaba: nadar, andar en bicicleta, jugar, leer, cantar, reír y escribir lo que salga.

Los chicos son personas con las que me entiendo bien, así que les dedico tiempo: de conversación, de juego, de lectura, de escritura... y de juego otra vez. Tal vez por eso vengo jugando a la maestra desde que era una nena.

Como a todo el mundo, hay cosas que no me gusta hacer, por ejemplo cocinar platos complicados... ni tampoco sencillos, pero sí preparar cuentos hasta encontrarles el punto (ni crudos ni recocidos). Entre los últimos libros que jugué están *Los viejitos de la casa*, *Llaves*, *Haiku*, *El cazador de incendios*, *¿Dale?*, *Manos brujas*, *En la punta de la lengua*, *Baldanders*, *Maqueta* y muchos más.

Pienso que escribir es como cantar y bailar: las palabras se acomodan y hacen música. Es una música que a veces cuenta, a veces canta, y a veces cuenta y canta al mismo tiempo.



La Veleta Blanca



La bruja Chimichanga, cogió en un cazo un poco de agua caliente del caldero que había en el fuego, para hacerse un té de ala de mosca. En ese momento, apareció una nube negra con lunares blancos que envolvió toda la casa. No se veía nada. Encendió su varita mágica y se quedó sorprendida de lo que estaba pasando. Todos los cacharros de la cocina, incluido el caldero de cocer pócimas, estaban volando y querían atraparla, hasta la tacita de té de mosca probó caérsele encima y quemarla.

Menos mal que ella era una bruja diurna y tenía grandes poderes, logró que el agua se quedara paralizada en el aire.

Oyó unas carcajadas horripilantes, y encima de la lumbre asomó un lunar blanco con la cara llena de verrugas de la bruja nocturna Picaflor.

—JA, JE, JO, tu tiempo se está acabando, y volverás al valle de las tinieblas, Chimichanga. Se acabó eso de divertir a los niños.

Nuestra bruja, se acercó a la repisa de la chimenea, iluminándose con su vara, cogió uñas de dragón rojo y aire pestilente de Trolls, lo echo rápidamente al fuego. Una gran llama ascendió por la chimenea y cayeron unas cuanta verrugas y una peluca que ardieron con rapidez. Se oía un lamento, que más que lamento era como un relinchar de caballo.

La nube desapareció y todos los elementos de la cocina volvieron a sus respectivos lugares, incluso el té de ala de mosca a la taza de porcelana de la bruja.

Chimichanga salió al jardín, miró hacia arriba, y en el tejado de la chimenea había una nueva veleta, un lunar blanco que no paraba de dar vueltas y más vueltas.

La bruja sonrió y volvió a meterse en su casa.



Ángela Ruano
España

aangelaruan@gmail.com



Sobre ella:

Soy escritora, ilustradora y cuentacuentos. He realizado muchos cursos destinados a mi formación profesional, publiqué en la Revista

virtual de Imaginaria: *El Ciempiés Bailarín*, *El Secuestro de los tres Reyes Magos*. *Cuentos Gamberros*, varios autores Lijeros. Editados por: Dohodón Ediciones. *Tirindol Medioconejo*: con ilustraciones propias, editado por Booklane Editions y *Alas de Acero*, Booklane. Biligual Edition. Tengo placer de ser una cuentacuentos y me doy a conocer como la abuela Ángela, por lo menos en este foro.



El Hechizo



— ¡Abracadabra! ¡Abracadabra!, que colorada se vuelva la cabra —murmuró Leandra

— ¡ABRACADABRA! ¡ABRACADABRA! —gritó, pero el animalito volteo, movió jugueteón la cola y dando un salto se perdió entre los sembradíos de papa.

— Soy un fracaso, no entiendo, he repetido esta palabra tan difícil y no he logrado que se vuelva colorada, ni siquiera un poco rosada, qué le voy a decir a mi papá?, no sirvo para los hechizos, era mi tarea para hoy.

Efectivamente, era la única hija del más grande hechicero de la Villa de Matucana. Acababa de cumplir los nueve años y ya debía seguir los pasos de sus padres. Porque la madre también era una afamada zahorí.

— Es tan bonita toda negra y con motas blancas, ¿por qué tendría yo que cambiarle el color?

La pequeña muy preocupada llegó a su casa y esperó lo peor.

— Hijita, ¿cómo estuvo la tarea?

— Mal, muy mal papi. Dije las palabras pero la cabra siguió tan negra y sus manchas tan blancas como al comienzo.

El viejo hechicero meneó la cabeza y con gran dulzura le dijo:

— Es que no has puesto toda tu fuerza, tu empeño, ¿qué palabra fue?

— Abracadabra.

— Quizá podríamos probar con birlibirloqueo o mejor aún abraxaj. Éstas no fallan.

— ¡Ay, qué palabras! ¡Qué palabras!, realmente sería una gran bruja si pudiera pronunciarlas —pensó la niña. Día tras día trató de repetir las hasta que el domingo ya pudo decirlas con soltura:

— Birlibirloqueo, birlibirloqueo. Abraxaj, abraxaj. Ahora, solo me falta encontrar a la cabra.

La buscó en los sembrados de papa, nada. En los durazneros, tampoco, parecía que se la había tragado la tierra. Hasta que al fin la divisó entre las alfalfas.

— ¡Te encontré! ¡Te encontré! Ahora no te escaparás de mi gran poder.

— Pero niña, ¿por qué me persigues?

Leandra no entendía nada. Una cabra le hablaba.

— Porque eres mi tarea —respondió asombrada.

— ¿Tu tarea?

— Sí, con un pase de mis manos y pronunciando las palabras mágicas serás una cabra colorada.

— ¿Qué?, eso es imposible ¡No es cierto!
— ¡Abracadabra! ¡Abracadabra! ¡Qué muy colorada se vuelva esta cabra!
—gritó y el animal siguió tan negro y tan moteada como antes. Entonces cerrando los ojos muy fuertemente gritó aún más:

— ¡Birlibirloqueo! ¡Birlibirloqueo! , que al fin se cumpla mi deseo — y en aquel campo de alfalfa todo quedó igual.

Ya desesperada y a punto de llorar gimió:

— Abraxaj, abraxaj que de rojo se pinte la cabra.

Y como era de esperarse en este valle del Señor, la pequeña cabra no cambió de color. Leandra rompió a llorar y tanto lloró y lloró que a la cabra se le quebró el corazón.

— Mira pequeña brujita, no tengo problemas en cambiar de color si eso te hace feliz. Acompáñame.

— ¿Qué, tú también eres bruja?

— Para nada, solo que no me gusta ver llorar a nadie. Si quieres que me vuelva colorada, colorada seré.

La niña trató de seguir a la cabra pero pronto se le perdió entre la maleza. Esperó y esperó y cuando ya se marchaba, un fuerte sacudón movió los arbustos cercanos.

Abriéndose paso ágilmente apareció la cabrita toda...colorada, pero tooda colorada.

— ¡No puede ser! ¡No puede ser!, entonces, de verdad ya soy una ¡BRUJA!

Leandra corrió a su casa y a gritos contó la historia a sus padres. El hechicero la tomó en sus brazos y la tiró al aire como siempre hacía cuando estaba alegre.

— ¡Ésta es mi hija! ¡Ésta es mi hija! —repetía. La madre sólo atinó a decir:

— ¿Estás segura que fue tu hechizo?

— ¡Sí! ¡Sí!

Aquella noche pasada la alegría, Leandra fue a su cama pero no pudo dormir. Cerró los ojos, contó ovejitas, ni pizca de sueño. Contó sapos, tampoco, entonces contó cabras y le fue peor porque allí estaba su amiga, toda colorada siendo la burla de las demás cabras. Cada vez que cerraba los ojos, ahí estaba, otra vez el animal rojo, llorando y avergonzado.

— ¡Leandra!, duerme ya- le pidió su madre.

— Mami, no puedo. Cada vez que cierro los ojos aparece ella.

— ¿Quién?

— La cabrita colorada...y las otras que se burlan de ella — la niña rompió a llorar y le contó la verdad de lo sucedido.

— Bueno, mañana la buscas y le quitas el hechizo, ¡cuánto estará sufriendo! Nunca se ha visto una cabra roja.

— Pero fue la tarea que me dio papá

— Sí, ya lo sé. Pero sin hacer sufrir a otros, aunque te lo ordenen.
Leandra, no durmió, trató de repetir toda la noche las palabras mágicas al revés para deshacer el embrujo, como le había enseñado su padre.
—Bradacabra, bradacabra. Oquelobirlibir, Xajbraa, xajbraa, xajbraa —al despertar la mañana ya casi las decía perfectamente y arrepentida pero dudosa se decía:
—A lo mejor de verdad ha sido mi hechizo.
Muy temprano fue a buscar la cabra y la encontró cerca al río. Comía la pobre, tristemente resignada las hierbas del camino mientras, gruesas lágrimas le brotaban de los ojos.
—Perdóname, te volveré toda negra y tendrás tus motas tan blancas como esas nubes. Todo, todo estará como antes. ¡Bradacabra, bradacabra! ¡Oquelobirlibir! ¡Xajbraa, xajbraa, xajbraa! —gritó ansiosa.
— ¿Qué te pasa niña?, ¿has perdido el juicio?
—Pero estás coloradota y llorando,... todo por mi culpa.
—Claro, por supuesto que estoy llorando, pero no por tu culpa, es el airampo me ha caído también en los ojos y desde entonces no hacen más que lagrimear. Así que iba camino a bañarme.
Mira, estas hierbas están tan verdes y frescas. ¡Hum! ¡Hum!, tenía que probarlas!
— ¿Estás segura? —preguntó incrédula.
— Hay brujita, ¿cómo crees que me he puesto toda colorada? Cálmate, ahora me meto al agua y verás que saldré como nueva.
Y meneando su cola entró a las aguas de aquel manso riachuelo que pronto se tiñó de un intenso y hermoso color carmín.

 Raquel Soto De Los Reyes de Vega
Perú

raquelsoto40@yahoo.com

Airampo: m. Planta tintórea del Perú, parecida al capto, cuya semilla da un hermoso color carmín, con el que se colorean los helados.

 **Sobre ella:**

Soy médica-cirujana y pediatra con mención en Nutrición e Investigación del Instituto de Investigación Nutricional de Lima. Dirijo programas de Investigación en la ONGD “Proyecto Vida”. Me he formado en literatura infantil, soy miembro de “APLIJ”: Asociación

Peruana de Literatura Infantil y Juvenil y del círculo literario “Crear Creando”. Mamá y abuela de cinco nietas. Entre mis publicaciones puedo citar a *Kusiwualpa y el camino de los espejos*, *Incienso y retama: crónica de una despedida* y una colección *Chiquititos* de cuentos para chicos de 2 a 5 años, en coautoría, entre muchas otras. Recibí distinciones y reconocimientos por mi trabajo en la LIJ.

S

Diseño y Edición Gráfica realizado por María Fernanda Macimiani, integrante del Foro de Cuento Infantil Seva, creadora de Léeme un Cuento: fernanda@leemeuncuento.com.ar

Espero que este proyecto llegue a muchos lectores y deje en ellos una semilla de amor y fantasía, ingredientes esenciales para disfrutar de la vida como lo que es, *un cuento que cada uno va escribiendo día a día...*



*Esta Antología
es un trabajo hecho por integrantes
del Foro de cuento infantil Seva.*

